

TRICIA LEVENSELLER

UNA
HERENCIA
DE SOMBRAS

CROSS
BOOKS

TRICIA LEVENSELLER

UNA
HERENCIA
DE SOMBRAS

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Darkness Within Us*
© del texto: Tricia Levenseller, 2024
Publicado por acuerdo con Feiwei and Friends, un sello de Macmillan Publishing Group, LLC.

© de la traducción: Juan Naranjo, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

© del diseño de interior: Liz Dresner y Meg Sayre
© del diseño del mapa: Virginia Allyn

Primera edición: mayo de 2025
ISBN: 978-84-08-30111-0
Depósito legal: B. 5.039-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Capítulo 1

Mi marido tarda demasiado en morir.

Sentada a su lado en la cama, como una buena esposa, observo cómo la respiración se le escapa del pecho y rezo para acelerar su último aliento.

Por el amor de Dios, este hombre roza ya los sesenta y cuatro años. Está lastrado con todas las enfermedades posibles tras décadas de libertinaje y desenfreno y sabe el demonio qué más. Y aun así, Hadrian Demos, el duque de Pholios, se aferra a la vida como si esta todavía tuviese algo que ofrecerle. Pero ya no es más que un viejo libidinoso postrado en una cama y condenado a verme la cara día tras día.

Pholios se mueve, como si mis pensamientos lo hubiesen desvelado. Echo un vistazo para asegurarme de que Kyros sigue en la habitación antes de apartar la silla un palmo. Bajo la mirada y espero.

—Chrysantha —gruñe el anciano.

—Estoy aquí, esposo. —Le envuelvo con mis manos la suya, peluda y llena de manchas por la edad.

—Hoy estás hermosa —me dice.

—Gracias.

Me las apaño para no poner los ojos en blanco porque es así como me saluda cada mañana, como si hacerme cumplidos le fuese a permitir obtener lo que de verdad quiere de mí, su esposa de diecinueve años.

—Agua —me pide separando los labios con dificultad.

Me giro hacia la jarra de la mesita de noche y descubro que está vacía.

—Ha debido de tener mucha sed esta noche, alteza —le digo—. Voy a llenarle el vaso.

—De eso se puede encargar Kyros.

Aunque se me erizan los vellos de la nuca, me fuerzo a mantener mi máscara de indiferencia. Vivir con el duque significa muy a menudo sentirme como si tuviera los pulmones envueltos en hierro. Siento esa terrible presión cada vez que me doy cuenta de que me voy a quedar a solas con él.

Kyros, un lacayo muy apuesto, me echa un vistazo. La expresión del joven transmite empatía y pesar, pero yo asiento levemente dándole ánimos. Lo último que quiero es que despidan a mi amigo por desobedecer una orden.

—Ahora mismo, alteza —dice—. Vuelvo en un instante. —Lo último, en realidad, me lo dice a mí.

En el momento en el que el hombre abandona el opulento dormitorio principal de la mansión Pholios, mi marido me suelta la mano y trata de agarrarme los pechos.

Como estoy más que acostumbrada a las técnicas del duque, me levanto y me doy la vuelta para librarme de sus manos, pero no lo hago con la suficiente rapidez. Se las apaña para darme un cachete en el trasero antes de que yo esté fuera del alcance de su brazo. Mantengo baja la mirada.

Es la mejor manera de esconder lo que de verdad pienso.

—¿Le apetece que le lea un poco? —pregunto.

—No. Se acabaron los libros. Vuelve aquí —gruñe Pholios.

—¿Que se le han acabado los libros? Pues déjeme que busque alguno nuevo. —Me deslizo hacia el lado opuesto de la estancia, donde unas baldas decoran la pared.

—¡Maldita imbécil! ¡Le pagué a tu padre siete mil necos por ti! ¡Menudo desperdicio de dinero! —exclama Pholios.

—Lo siento, esposo. —La envoltura de hierro me aprieta un poquito más.

—No quiero que lo sientas. Quiero que te levantes esas faldas, subas a esta cama y cumplas con tus deberes maritales.

Debido a su enfermedad, ha sido incapaz de obligarme a cumplir con esos «deberes maritales» de los que habla.

—¿Qué deber marital hay más importante que el de cuidar a mi esposo? —pregunto.

No cree que yo sea una insolente. Nadie lo cree. Me he pasado mucho tiempo trabajándome la reputación de ser una chica cortita. Y me ha salvado muchas más veces de las que sería capaz de contar. Fue así como manipulé a mi padre para que me casase con un duque rico y moribundo. Ojalá hubiera sabido entonces lo que me esperaba. Pholios no me mostró su verdadero rostro hasta que nos casamos. Yo creía que solo quería una compañera de cama que lo acompañase hasta que se reuniera con los demonios del infierno.

—Los deberes nocturnos —aclara el duque.

—Pero si es de día, esposo.

—¡Eso ya lo sé! —Su tos inunda la estancia. Yo la ignoro y me tomo mi tiempo escudriñando las filas de libros. Ya sé cuál elegiré, pero no tengo ninguna prisa en volver a ponerme a su alcance. No, al menos, hasta que Kyros vuelva a la habitación.

Puede que Pholios sea una criatura repugnante, pero le encanta mantener las apariencias ante sus empleados. Ya sea porque sabe que lo que está haciendo está mal y desea man-

tener intacta su reputación o porque considera que los asuntos de alcoba hay que tratarlos en privado. Así que, cuando hay alguien cerca, mantiene las manos quietecitas. Kyros, a menudo, nos ha sorprendido en momentos la mar de incómodos. He sido toqueteada, pellizcada, abofeteada y zarandeada más veces de las que puedo recordar en los dos últimos meses de mi vida, que es justo el tiempo que ha transcurrido desde que me casé.

Pero todo esto habrá merecido la pena en el momento en el que Pholios muera. El duque no tiene hijos ni parientes que puedan heredar su título..., lo que significa que, cuando muera, todo lo suyo será mío. La mansión, el ducado, los sirvientes, el dinero. Todo será mío para hacer con ello lo que me apetezca y ningún hombre volverá a tener mi destino en sus manos. Seré una duquesa viuda por siempre jamás.

Seré libre para siempre.

El futuro está tan cerca que ya puedo saborearlo. Solo unas semanas más. Un mes, a lo sumo. A Pholios no le puede quedar mucho más.

Y entonces ya nunca tendré que esconder quién soy realmente.

Cuando oigo de lejos las suaves pisadas de Kyros, agarro un libro de poemas de la estantería. El lacayo parece aliviado de encontrarme en el lado opuesto de la habitación. No sería necesario que fuese tan empático, puedo encargarme sola del viejo... Pero aprecio su amabilidad. Vuelvo a mi silla mientras Kyros termina de ayudar a beber al duque. Pholios casi se atraganta cuando ve el título del tomo que sostengo.

—¡No! Odio la poesía —me dice.

Por eso precisamente lo he elegido.

—Le ayudará a aclarar las ideas, alteza. La poesía aviva el alma.

Refunfuña un poco más, pero se calla en cuanto empiezo a leer. Creo que le gusta el sonido de mi voz. Mientras leo se pasa el rato mirándome los pechos, así que levanto un poco el libro. Tras diez minutos así, los ronquidos de Pholios vuelven a retumbar por toda la estancia.

—¿Está usted bien, alteza? —me pregunta Kyros en un murmullo para no despertar al duque.

—No me quejo, Kyros. ¿Y tú?

Cierro el libro y giro la silla para poder observar bien a aquel hombre. Está muy guapo, incluso con su uniforme de trabajo. Lleva una típica camisa blanca con medias, guantes y botas. Siempre va limpio e impoluto, y adopta muy buena postura. Su fuerte mentón tiene un adorable hoyuelo en el centro y sus ojos verdes siempre están brillantes. Se peina hacia atrás y se coloca tras las orejas unos mechones besados por el sol. Su figura es tan robusta que ensombrece a la de los demás lacayos.

Kyros y yo nos pasamos día tras día atrapados en esta estancia atendiendo al duque en todas sus necesidades. De vez en cuando, el hijo pequeño de Kyros hace alguna aparición, loco por mostrarnos las ranas que ha capturado en el estanque de la hacienda o las piedras que ha encontrado en el bosque. El chico sabe que tiene que guardar silencio si el duque está dormido. Tiene mucho cuidado a la hora de llamar nuestra atención y procura sacarnos de la habitación durante breves instantes para así podernos mostrar sus tesoros.

Yo siempre aprovecho estas oportunidades.

—Muy bien, alteza. —Kyros se cuida mucho de no hablar de mi matrimonio con el duque y de todas las cosas a las que yo estoy expuesta. Tiene el sentido común suficiente como para saber que no albergo ningún deseo de comentar con nadie todas esas humillaciones—. Nico ha aprendido

una palabra esta mañana —dice para llevar la conversación hacia lugares luminosos en vez de oscuros.

—¿Y de qué palabra se trata? —le pregunto sonriendo.

—«Indignante.»

—Es una palabra compleja para un niño de cuatro años.

—Que no le oiga decir eso. Tiene cuatro y medio, ni un día menos.

Durante el tiempo que hemos pasado juntos en esta habitación, he aprendido bastante sobre Kyros y su pasado. Tuvo un hijo a los diecisiete. La madre del niño y él no estaban casados y, cuando se quedó embarazada, la chica dejó claro desde el principio que no tenía ninguna intención de hacerse cargo del niño. Kyros se ocupó del pequeño a pesar de que la ley no obliga a ello a los hombres solteros.

—¿Y ahora dónde está Nico? —pregunto.

—En las cocinas, echándole una mano a Cook. Ya sabe que le pirra el dulce.

—Tendré que buscarlo después. Me muero de ganas de oírlo usar «indignante» en una frase.

Doran, otro lacayo, entra en la estancia con una bandeja sobre la que solo hay una carta.

—Una carta para usted, duquesa —dice en tono enérgico y haciendo que Pholios vuelva a despertarse. Me encantaría echarle una regañina a ese hombre, pero decido que es mejor mantener una ligera sonrisa.

—Gracias, Doran —contesto mientras me levanto y agarro el pergamino enrollado.

—Quiero tomar ya el desayuno, Kyros. Ve a traérmelo —dice el duque, encendiendo de nuevo las alarmas.

Aunque estoy segura de que ambos sirvientes abandonan la estancia, yo no los veo salir. Estoy demasiado ocupada observando la letra manuscrita de la carta.

Es la letra de mi hermana.

Alessandra nunca me escribe. Yo solo le escribo cuando me apetece entretenerme regañándola. Me considera una idiota engreída, lo que me parece divertidísimo. Alessandra siempre ha sido demasiado obvia en relación con lo que quiere y con qué está dispuesta a hacer para conseguirlo. En estos días está intentando enamorar al Rey de las Sombras.

Se me escapa una risita. Si yo no le gusté, está claro que ella tampoco le va a gustar. No es cuestión de vanidad. Puede que yo sea la que más se parezca a madre, pero ese no es el tema. Una cara bonita solo te lleva hasta ciertos lugares. Lo que importa aquí es que yo soy mucho mejor actriz. Puedo fingir ser aquello con lo que los hombres sueñan. Y he descubierto que lo que la mayoría de los hombres quiere es algo que crean que pueden controlar. Así que finjo ser dócil. Actúo como si fuera obediente. Cuando los hombres creen que te controlan, dejan de vigilarte de cerca. Cuando creen que eres idiota, no son tan cuidadosos con respecto a las cosas que dicen en tu presencia.

Pero... ¿Alessandra? Yo siempre sabía perfectamente en qué estaba pensando. Aunque tengo que admitir que nunca creí que fuese capaz de matar. Cuando salió a la luz lo que pasó con su primer amante, me pilló totalmente desprevenida. Y que el rey la perdonase de inmediato fue una sorpresa aún mayor.

Es culpa mía que las dos no seamos más íntimas. Nos hemos pasado la vida compitiendo por la atención de nuestro padre. Él estaba tan centrado en mi madre que, al morir ella cuando yo tenía doce años y Alessandra once, supe inmediatamente que aquel amor se transferiría o a Alessandra o a mí. En su corazón solo había espacio para una mujer, así que me aferré a él antes siquiera de que Alessandra se enterase de lo que pasaba. Ella habría hecho lo mismo si hubiese sido capaz.

Vivimos en un mundo en el que los hombres lo deciden todo. Dónde vivimos. Cuándo recibimos algún dinero. Con quién nos casamos. Y yo sabía que mi camino más directo a la felicidad era hacer que mi padre comiese de mi mano. Era ella o yo.

Así que me elegí a mí misma.

A veces me siento un pelín culpable, pero no me importará lo más mínimo cuando consiga todo lo que quiero. Cuando sea rica y no pertenezca a ningún hombre, haré lo que desee... Incluso cultivar mi relación con mi hermana, si eso es lo que quiero.

Abro la carta y leo su contenido:

Querida Chrysantha:

Quiero invitarte personalmente a mi boda. Kallias y yo nos casamos en seis meses. Mi coronación se celebrará el mismo día, justo después de la ceremonia.

Asistirás, ¿verdad? ¿O estás demasiado ocupada haciendo de niñera de tu arrugado marido? ¡Seguro que puedes sacar algo de tiempo para asistir al día más importante de la vida de tu única hermana! Respóndeme pronto para que así pueda reservarte un asiento de primera fila en la boda de esta ramera con el Rey de las Sombras.

Mis mejores deseos,

Alessandra

Siento un trueno en los oídos. Hasta que ya es demasiado tarde, no me doy cuenta de que he hecho una bola con la carta.

El rey.

Mi hermana pequeña se va a casar con el maldito rey.

No me quiso a mí, pero a ella sí. ¡A ella! ¡A la asesina!

Con todo el tiempo que llevo conspirando, haciendo

planes, tratando de labrarme un futuro... Han abusado de mí, me han degradado, me han insultado día tras día... ¿Y todo para qué? De momento, no tengo nada de lo que presumir.

Y, mientras, Alessandra se ha acostado con tantos hombres que he perdido la cuenta. En el pasado le he llamado cosas mucho peores que «ramera». Era mi forma de decirle que tuviera cuidado. Debía cuidar su reputación si quería asegurarse un buen futuro. Además, decirle esas cosas me hacía sentir mejor cuando me asaltaban los celos por el hecho de que ella estuviese tan bien acompañada mientras que yo, por mi cuenta, luchaba por sobrevivir. Porque yo estaba segura de que si seguía comportándose así nunca podría casarse con un hombre rico.

Pero, de alguna forma, se ha hecho con el rey. Se convertirá en una reina de verdad. Tendrá recursos inimaginables y dinero para hacer de todo. Nadie la atacará nunca mientras esté casada con el hombre más importante del mundo.

Me sube la temperatura y el rojo lo tiñe todo.

Ha ganado.

¿Cómo puede haber ganado? ¡Si no ha hecho nada! No se lo ha trabajado. Ella ni siquiera era consciente de que ambas estábamos jugando al mismo juego. ¿Cómo ha podido suceder?

No me doy cuenta de que mis frenéticos pensamientos me han acercado a la cama. Pholios ataca como una serpiente y me agarra la cadera a través del vestido para intentar que me acerque más.

Yo estoy furibunda y le doy un manotazo sin pensar las consecuencias.

El duque y yo nos quedamos paralizados.

—¿Acabas de darme un golpe? —me pregunta.

—Es que me picaba justo ahí, alteza.

Él gruñe y comete la osadía de mostrarse ofendido, pero tengo claro que en su cabeza ha germinado algún pensamiento maligno en cuanto lo veo sonreír.

—Esposa, si te acercas más, te perdono.

—¿Aún más cerca?

—Sí, inclínate sobre la cama. La colcha se ha salido por el lado opuesto a ti. Me lo tienes que arreglar.

Mi rostro es una máscara carente de emociones. El alma me arde. Llevo demasiado tiempo atrapada en esta casa, en esta habitación en la que el duque no para de escudriñarme mientras se humedece los labios y trata de que me acerque. Mientras, mi hermana está llevando una vida de lujos, perfección y libertad. En los brazos del maldito Rey de las Sombras. Fracase en mi misión de enamorarlo durante mi estancia en el castillo, así que pensé que lo que más me convenía era sentar la cabeza con la segunda mejor opción.

Pero ya no quiero sentar la cabeza con nadie.

La envoltura de hierro de mis pulmones da un chasquido. Mi cerebro se desconecta del resto de mi cuerpo y mis miembros se mueven sin que yo les dé la orden.

Hago lo que me ha ordenado el duque. Me levanto la falda y me siento a horcajadas sobre él. Se le salen los ojos de las órbitas y entonces me sujeta de la cintura con las dos manos. Me fuerza a adoptar la postura que él quiere y entonces hace lo que está en su mano para embestirme con sus caderas, aunque, afortunadamente, nos separan capas y capas de tela.

Pero mi atención se centra en la almohada de sobra que hay junto a su cabeza. Me inclino hacia ella y los dedos de Pholios se aferran a mis pechos. Me hace daño, pero no vuelvo a mi anterior postura hasta que no me he hecho con la almohada. Entonces ya solo me queda terminar lo que he empezado.

Lo asfixio con aquel almohadón de plumas.

Lo que había empezado a endurecerse debajo de mí vuelve a su estado flácido. La almohada devora los gritos de angustia de Pholios. Su cuerpo enclenque apenas se mueve ya bajo el mío. Sus manos, por fin, me sueltan los pechos para agarrarme de los brazos. Intenta alejarme de él.

No dejo que la presión disminuya.

—¿No es esto lo que querías, esposo? ¿Te sirvo por fin para algo?

Si Alessandra puede conseguir todo lo que siempre ha querido a pesar de haber matado a un hombre, ¿por qué yo no? Me parece estar viendo la cara de mi hermana. Cierro los ojos y aprieto y aprieto para vengarme de cada cosa mezquina que me ha hecho este hombre.

Se acabó.

No lo suelto inmediatamente, a pesar de que ya ha cesado hace rato su patética resistencia. Permanezco sentada sobre mi marido muerto inmersa en una especie de limbo negro entre el antes y el después.

Antes yo no era una persona violenta. Después he sido la paciencia personificada.

Ahora soy libre. Ahora puedo hacer lo que me plazca.

Empezando por asesinar, igual que mi hermana. Me he rebajado a su nivel. Aquel pensamiento por fin me activa. Me enderezo, dejo la almohada en su lugar y peino un poco al duque. Muerto parece estar en paz.

Espero que no encuentre la paz allá donde lo he enviado.

Cuando vuelvo a mi silla, veo que hay una figura en el marco de la puerta. El hijo de Kyros, Nico, está ahí con la barbilla llena de migas.

Nos mira al duque y a mí.

Contengo el aliento.